

La perdigonada del cazador

PUES, sí, señor, hay que reconocer que la Iglesia católica ha conseguido cogerle el tranquilo a esto de la política; su fina nariz dos veces milenaria ha venteadado los nuevos aires sociales y con un movimiento sutil de peones ha podido coger el tren en marcha cuando el jefe de estación ya había levantado la banderola roja. En nuestros días, la Iglesia católica tiene colocados a muchos de sus hombres en los movimientos políticos y sociales más avanzados. A última hora su estrategia ha sido inteligente, logrando atemperar su profesión a los nuevos métodos. Su oficio consiste en salvarnos, en llevarnos al cielo a como dé lugar, aunque sea a través de las Comisiones Obreras. Y el asunto parece que funciona.

Pero la Iglesia no ha recuperado todavía el olfato en la cuestión del sexo, en materia de amores. Se ve claro que el negociado o dicasterio del bajo vientre no lo tiene puesto al día. El besuqueo juvenil, el magreo ciudadano, el coito alegre y



confiado, el placer sin carnet sellado, los gozosos cosquilleos de rabadilla sin previa bendición son actividades que ponen aún muy nerviosa a la Santa Madre Iglesia Católica. Ahora desde su paternal estrechez ha soltado un documento tridentino, ha servido un caldo con bromuro a la parroquia para que ponga las pasiones en su sitio, no en el vientre, sino en el pecho, que es la parte alta y noble del cuerpo humano, la más acreditada. A través de este documento pontificio, la Iglesia nos ha ofrecido de sí misma una imagen reseca, de vieja solterona, una escultura de yeso con vaciado de tripas. En este aspecto la Iglesia católica arrastra el lastre sexofobo de la filosofía judía, del desierto hebreo, de las ordenaciones higiénicas de una civilización reprimida. Pero la vida es bella. Si hoy está claro que siendo de izquierdas igual, si te descuidas, se puede llegar al cielo, también es cierto que el negociado de la carne está pidiendo un tratamiento racional. Y hay que echarle más alegría al asunto, hombres de Dios. Hay que aflojar las ballenas del sexto mandamiento, que una vez a la semana es cosa sana. A ver. Hay que cogerle también el tranquilo a esto del escarceo. ■ V.

